## Anexo 1

### El Arte de Vivir[1]

«La capacidad para aprehender los valores, afirmarlos y responder a ellos, es el fundamento que permite comprender los bienes morales del hombre.
«Estas características sólo se encuentran en el hombre que posee reverencia. Se trata de la actitud que puede considerarse la madre de la entera vida moral, puesto que, a través de ella, el individuo adopta una posición con respecto al mundo, la cual abre sus ojos espirituales y lo capacita para aprehender los valores. En consecuencia, al examinar las actitudes éticas, es decir, las que proporcionan una base a la vida moral en su conjunto y son presupuestos de ella, debemos hablar en primer lugar de la reverencia.
«El hombre irreverente y atrevido es incapaz de cualquier entrega o subordinación de su yo. Es el esclavo de su orgullo, de una egolatría paralizante, que lo convierte en prisionero de sí mismo, lo ciega para los valores y lo empuja a preguntarse de continuo: "¿se acrecentará mi prestigio, aumentará mi gloria?" O bien, es el siervo de la concupiscencia y todo cuanto hay en el mundo se convierte en una ocasión para satisfacer su lujuria. El hombre irreverente no sabe guardar el silencio interior. Jamás concede a las situaciones, cosas o personas, la oportunidad de revelarse en su carácter y valor. Enfoca los hechos de una manera tan inoportuna y carente de tacto, que sólo se observa y escucha a sí propio e ignora al resto de los seres. No conserva una distancia reverente con respecto al mundo.
«Existen dos clases de irreverencia, según que esta actitud hunda sus raíces en el orgullo o en la concupiscencia. La primera es la del hombre cuya posición es fruto de la soberbia, esto es, el impertinente. Se trata de ese tipo humano que enfrenta los problemas y situaciones con una superioridad fingida y presuntuosa y jamás realiza el menor esfuerzo para comprenderlos "desde adentro"...
«El otro tipo de irreverente, el torpe y poseído por la concupiscencia, también está afectado de ceguera. Limita sus intereses a un atributo único, esto es, si algo es agradable o no para él, si le proporcionará o no satisfacción, si involucrará o no una determinada utilidad. No ve en las cosas más que el aspecto que se refiere a su interés inmediato y accidental. Los seres representan para él nada más que un medio para cumplir sus metas egoístas. Se arrastra eternamente en el círculo de su estrechez y jamás logra salir de sí mismo...
«El hombre reverente se acerca de muy otra manera. Se ha liberado del orgullo, egoísmo y concupiscencia. No llena el mundo con su yo, sino que otorga a los seres el espacio que necesitan para manifestarse. Entiende la dignidad y nobleza que entraña el ser como tal, el valor que le adjudica su condición de ser, como opuesto a la nada. En consecuencia, sabe que existe un valor inherente a cada piedra, cada gota de agua, cada brizna de hierba, en su calidad de seres, es decir, de entidades que poseen su propio ser, que es ése y no cualquier otro. En contradicción a una fantasía o a una mera semejanza, se trata de algo independiente de la persona que lo considera, algo que escapa a su voluntad. De ahí que cada una de esas cosas tenga el valor general de la existencia.

---

[1] Dietrich y Alice von Hildebrand, *El arte de vivir*, Club de Lectores, Buenos Aires 1966, pp. 13-22.

«A causa de esta autonomía, el hombre reverente jamás interpreta al ser como un simple medio donde cumplir sus fines accidentales y egoístas. No se siente con derecho a usarlo, sino que lo contempla con suma seriedad y le permite espacio bastante para que descubra su misterio en forma adecuada. Frente al ser, permanece en silencio, para concederle la oportunidad de que hable. Sabe que el mundo de los seres lo supera, que él no es el Señor dotado de la facultad de hacer con las cosas cuanto quiera y que debe aprender de los seres y no por conducto de otros medios.

«Esta actitud que responde al valor de los seres, está penetrada por la disposición a reconocer la existencia de algo superior al placer y voluntad arbitrarios del individuo y lo prepara para la entrega de sí mismo y la subordinación. Capacita la mirada del espíritu para observar la naturaleza más profunda de cada ser y permite que se muestre en su esencia, y hace del hombre alguien que está en condiciones de aprehender los valores...

«Hacia donde miremos, descubrimos que la reverencia es la base y, al mismo tiempo, un factor esencial en la vida y los valores morales. Sin una actitud fundamental de reverencia, son imposibles el amor verdadero, la justicia, la bondad, el mejoramiento, la pureza, la sinceridad. Por encima de cualquier otra consideración, su ausencia excluye por completo la profundidad. La persona irreverente es chata y superficial, porque no entiende la hondura del ser, ya que para ella no hay otro mundo más allá del que es visible y palpable. Sólo el hombre que posee reverencia logra que el mundo de la religión se abra para él, y nada más que para él, este mundo como un todo revela su significado y su valor. Por ello, la reverencia en calidad de posición básica, descansa en el comienzo de toda religión. Es el cimiento de la actitud correcta del hombre para consigo mismo, su prójimo, cada uno de los estratos del ser y, por encima de todo, Dios.»

**Preguntas:**

1. ¿Cómo es el hombre irreverente?
2. ¿Cómo plantea el autor la relación entre reverencia y la vivencia de los valores morales?
3. ¿Qué busca el hombre irreverente y qué busca el hombre reverente?
4. Cuando optamos de fondo por el Señor buscamos aproximarnos a la realidad como el señor la ve. Esto implica una actitud de amar todo el tiempo con el Corazón del Señor. ¿Cómo vives esto?
5. Pon medios concretos para ser mejor en esta semana